

rios" y expresión oral de los "hervores" de la obra, para ser destacada la índole sociolectal de la lengua empleada en los *Zorros*. Con esa luz, la obra aparece como "dominantemente oral [con distintos lectos correspondientes a distintos niveles de una sociedad estratificada y jerarquizada, nota nuestra], de inspiración etnoliteraria y, como tal, renuente a ser sometida a los parámetros analíticos y retóricos de la teoría literaria, de corte —en lo esencial— escrito" (p. 189 s). Otra reflexión de Escobar, en este capítulo, conduce a averiguar la índole discursiva de los "diarios" por oposición a la de los "hervores": aquéllos carecen de las confrontaciones propias de los relatos y constituyen un "tipo de discurso sobre la escritura y la vida; una disquisición acerca del / poder-escribir / que es igual al / poder-vivir/" (p. 193). Con relación a esto último, resulta bien interesante seguir en este capítulo la demostración de cómo la lucha —en los "diarios"— con la muerte (*contra* ella) se invierte hasta ser una lucha *por* la muerte, pulsión ésta que permite que la escritura siga fluyendo hasta la conclusión de los *Zorros*. Para terminar, anotemos acá que el capítulo en cuestión también se luce en la demostración de cómo los "zorros", extraídos de la mitología prehispánica de Huarochirí (sierra de Lima), aparecen en la obra de Arguedas como depositarios de verdad y rectores de la espacialidad y la temporalidad representadas, por lo que asumen —cosa no vista con anterioridad— un rol semiótico y estructurador en la obra.

No son pocos los aspectos del libro de Escobar que invitan al comentario y —en casos de menudo rango— al debate. Y es que este libro, a diferencia de aquellos que frasean largamente la misma —poca— información, es muy rico en contenidos, y hasta en sugerencias de indagación. En relación a estas últimas, creemos que aún se le puede sacar mucho partido hermenéutico al laborioso trabajo lingüístico y de variantes contenidos en el capítulo tercero; que todavía cabe poner en situación de discurso (para producir enunciados críticos) el conjunto de estructuras semióticas obtenidas al analizar "Agua"; y que,

a la luz de las agudas y productivas observaciones de Escobar contenidas en el último capítulo de su libro, se hace ya posible un estudio exhaustivo y totalizador de los *Zorros* de Arguedas.

Por todas las razones aquí expuestas, podemos concluir que *Arguedas o la utopía de la lengua* de Alberto Escobar es un trabajo que, con mucho mérito, viene a ocupar un lugar destacado en la bibliografía de volúmenes orgánicos —los libros de Lévano, Castro-Klarén, Cornejo Polar, Rowe, Lienhard y Trigo, entre otros— dedicados a la obra del gran escritor peruano.

Raúl Bueno Chávez

Escajadillo, Tomás G.: *Alegría y El Mundo es ancho y ajeno*. Lima, Instituto de Investigaciones Humanísticas, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1983.

La arrogancia de algunos estudiosos de la literatura, basada en los méritos de las novísimas teorías o críticas literarias que manejan, suele llevarles a imaginar que nada o muy poco de la teoría y la crítica anterior es salvable, y que la verdadera ciencia de la literatura comienza con ellos (o más bien con sus maestros, que son quienes fundan las nuevas teorías y metodologías críticas). Y si por ventura algún dispositivo conceptual o metodológico originario de épocas y escuelas anteriores subsiste al interior del nuevo paradigma teórico-crítico, éste ha de ocultar su filiación, incluso adoptando a veces una nomenclatura nueva, para poder alcanzar carta de subsistencia.

Tal es la suerte que ha corrido la categoría teórica de la "unidad textual", que proviniendo de la antigüedad y saltando por sobre la oscura etapa dominada por la concepción del texto literario como la suma de "fondo" y "forma", ha ocupado y ocupa en gran parte del s. XX un lugar rector entre las distintas teorías y prácticas hermenéuticas de la literatura, originando entre otros

los conceptos isótopos de “centro vital interno”, “contenido profundo”, “estructura global”, “estructura profunda”, “modelo de la obra”, etc. No importa el nombre. El hecho es que debiéramos reconocer que en teoría literaria ciertos principios trascienden por sobre las eventualidades de las escuelas y tendencias que coexisten o se suceden.

También la historia de los estudios literarios aporta casos en que una metodología crítica puesta a punto es dejada de lado —ante la atracción que suscitan las nuevas metodologías— y luego es olvidada (o casi) sin haber sido discutida o estimada suficientemente, y sin haber rendido aún sus posibles frutos. Tal es el caso del “círculo filológico” de Spitzer, un procedimiento hermenéutico —justamente basado en el principio de la “unidad textual”— que en manos de su autor produjo trabajos tan meritorios como el estudio del sentido de *El Quijote* a la luz del perspectivismo como principio estructurador.

Estas reflexiones nos vienen a propósito de la reciente publicación del libro del profesor Tomás G. Escajadillo *Alegría y El mundo es ancho y ajeno*. Y es que en este libro, que reúne seis estudios sobre la obra principal de Alegría —publicados en distintos órganos en la década de los 70— desarrolla precisamente su temática variá partiendo de un mismo principio estructurador o llegando a él, hasta demostrar más que fehacientemente la unidad esencial de la gran novela. Ahora bien, el movimiento tenaz del aparato crítico de Escajadillo, que en un còrsi e ricòrsi va de los aspectos compositivos hacia el principio estructurador, y de éste hacia otros aspectos compositivos o unidades temáticas subordinadas, nos revela que el procedimiento analítico-explicativo de Leo Spitzer puede tener y tiene aún vigencia, y que la formación teórico-metodológica de Escajadillo fue bien sensible a la influencia del gran maestro de la Escuela de Munich.

Ya desde las páginas iniciales del primer estudio, “Los principios estructuradores de *El mundo es ancho y ajeno*”, la labor crítica de Escajadillo se coloca en la necesidad de demostrar la coherencia estructural,

vale decir la unidad esencial de la novela, entre otras razones para responder a la falaz imputación que se le hace de contener “fallas estructurales”, rupturas gratuitas del hilo narrativo. Es así como consigue formular, mediante el enunciado construido “la comunidad es el único lugar habitable (para el hombre andino)”, el primero de los dos principios que a su juicio rigen la composición de la novela. Este principio tiene, como bien lo demuestra Escajadillo en el segundo de sus estudios, “Trayectoria y sentido de la peripecia de los ‘comuneros emigrados’ en *El mundo es ancho y ajeno*”, su cabal demostración en cada uno de los distintos intentos fallidos, deceptivos, frustrantes, de aquellos que han dejado la comunidad de Rumi —ya para entonces afincada en las alturas de Yanañahui— en busca de un destino más venturoso que aquél al que los condena la codicia insaciable del hacendado Amenábar. Y tiene, más que una demostración válida para el lector, una confirmación en la propia conciencia aseverativa de los pobladores del mundo representado por la novela, como se observa largamente en el cuarto estudio, el titulado “Filiación y derrotero del último alcalde de Rumi”, en que se glosa el enriquecimiento de la convicción de Benito Castro, quien ante las realidades que va conociendo a lo largo de sus 16 años de errancia fuera de su comunidad expresa una y otra vez “mi comunidad es mejor”.

El segundo principio estructurador detectado por Escajadillo es más bien de orden formal, aunque tiene innegables implicaciones semánticas, y tiene que ver con el sistema enunciativo del relato, con lo que, quizá con mayor propiedad, llamaríamos la estrategia del narrador. El crítico lo enuncia como “suspense narrativo”, y explica que este principio detiene la historia principal para dar curso a las historias interpoladas, que por contraste o antítesis terminarán resaltando la bondad immanente del sistema de la comunidad. Con lo cual el segundo principio resultaría ser una dependencia o una estrategia del primero.

Instrumental o temático, dependiente o no, el segundo principio producido por el aparato crítico de Escajadillo le permite ex-

plicar con solvencia —a veces con innecesaria redundancia de argumentos— la función y la necesidad de la presencia de las historias interpoladas o paralelas, como la del Fiero Vásquez y su guerrilla estudiadas en el tercer artículo del volumen.

De acuerdo a como se dan las cosas en los cuatro trabajos hasta aquí comentados, hay lugar para pensar en otro principio estructurador básico de la novela, el tercero (o el segundo si acordamos que el otro es en verdad una estrategia del primero), cuya formulación está ciertamente facilitada por el sentido, la frecuencia y la convicción de las argumentaciones del crítico. Tal principio resultaría ser estructurador de la novela —en tanto que objeto poético— al mismo tiempo que, en otro nivel, desestructurador de lo más caro del mundo representado por la obra: la comunidad. Lo enunciaríamos así: “La comunidad es el lugar donde (tal como están planteadas las cosas en el universo representado por la novela) no es posible que viva el hombre andino, el comunero”. En efecto, la ambición despiadada e irreductible de Amenábar hace que la comunidad de Rumi marche a su disolución, a su desintegración, a su inexistencia. No es, pues, posible vivir en el único lugar habitable. En otras palabras, ya no le queda lugar en el mundo al hombre andino referido por la novela, pues su extrañamiento, su destierro, es total.

Esta es la tragedia que nos ejemplifica el gran relato de *Alegría*: la agonía del hombre que se debate entre dos fuerzas contrarias y desiguales de vida y muerte, entre la comunidad que es vida (única, pero cada vez más débil, posibilidad de vida) y el destierro que irremediablemente es muerte (una posibilidad ya actuante y cada vez más fuerte de muerte, de extinción definitiva).

De los otros trabajos que integran el libro que nos ocupa merece ser destacado el titulado “Símbolo de la construcción de la escuela en *El mundo es ancho y ajeno*”. Destacado porque toca un explícito proyecto ideológico de la novela, el de la necesidad de educación alfabética del poblador andino para que pueda éste defenderse y enfrentar

con mayores recursos las ambiciones y atropellos de hacendados y otros explotadores; y porque, pensando en la unidad esencial invocada por el libro de ensayos que nos ocupa, este trabajo puede informar y documentar el principio estructurador/desestructurador que acá se ha formulado, al erigirse la escuela en la única posibilidad que tuvo el hombre andino para que el único lugar habitable, la comunidad, siguiese siendo un lugar habitable *posible* y no un recuerdo, una leyenda, una utopía.

Ha hecho bien Tomás G. Escajadillo en entregarnos en un solo volumen sus trabajos sobre la más destacada novela de *Alegría*. Y aunque en conjunto, reunidos en un libro sus trabajos acusen excesos explicativos, repeticiones temáticas y metodológicas —explicables, por cierto, en razón de la autarquía que cada trabajo debió tener para aparecer en distintas publicaciones— decimos que ha hecho bien su autor porque el volumen pone nuevamente en vigencia, en un primer nivel de discusión y estimación, el apasionante tema de la narrativa de *Alegría* —ahora que, como se adelanta en el prólogo del volumen, se le están regateando malamente méritos a nuestro novelista; y también porque, como suele ocurrir en la historia de la crítica cuando trabajos posteriores erosionan una autoría, nos ha traído a la memoria el hecho de que Escajadillo ha detectado y remarcado muchos de los valores de *Alegría* que en cualquier momento serán saber común, como el señalado de la unidad fundamental de su novela mayor.

Raúl Bueno Chávez

Zavaleta, Carlos Eduardo; *Los Ingar*, 2da. edición, Lima, Lluvia Editores, 1983.

Carlos Eduardo Zavaleta (Ancash, 1928) es uno de los pocos escritores de la “generación del 50” que aún se mantiene en ejercicio. Junto a Julio Ramón Ribeyro, compañero de generación, ha ido engrosan-